

SEÑORITA LISÍSTRATA

MONÓLOGO PARA UNA HUELGA DE PIERNAS CRUZADAS

ENRIQUE OLMOS DE ITA

Para Nadia Hernández.

Ella es una chica cualquiera de una ciudad cualquiera que habitó en el norte de un país cualquiera que hace frontera con un imperio cualquiera en un continente cualquiera que dicen, descubrió Cristóbal Colón¹.

Los pies de foto corresponden a imágenes reales que solo existen en la imaginación del espectador y de quien se proponga acercarse a este texto desde la interpretación, dirección o lectura.

Pensamos todo el tiempo en Aristófanes y en cómo convertimos una pieza clásica de la literatura dramática en este montón de palabrería e imágenes que forman, sin quererlo, un álbum personal, íntimo y sensual. Y Aristófanes convertido en pretexto.

Guardemos un minuto de silencio en memoria del desdichado Aristófanes.

¹ Con información de Javier Valdez Cárdenas. *Miss narco, belleza, poder y violencia*.

1. PIE DE FOTO: MISS NARCO RECIBE LA CORONA Y SONRÍE DIRECTO A LA CÁMARA

—Soñaba con una corona.

—Como ésta.

—Una corona así de hermosa y brillante: Resplandeciente.

—Una corona singular. Con muchos brillos.

—¿Quieren tocarla? Es muy bonita...

—Con todas esas joyas resplandeciendo.

—Si quiere, puede tocarla; no se preocupe.

—Es la corona de la reina. Porque gané.

—Gané.

—Por encima de todas.

—Por encima de todas las zorras que sonríen en la foto, detrás; detrás de mí.

—Con esas sonrisas falsas y mil veces repetidas, mil veces ensayadas frente a un espejo, mil veces aprobadas por su mánager. Pero nunca ensayaron cómo perder. Cómo contener las lágrimas, cómo apretar los puños, cómo sentirse menos miserables.

—Ellas tienen ganas de arrancarme la corona y ponerla en sus propias cabezas; es evidente.

—El gesto contenido, la mirada puesta en mi cabellera, la quijada en tensión. Pero se mantienen de pie sonriendo y saludando al público.

—Pero yo gané.

—Y también saludo al público.

—Con lágrimas en los ojos, claro.

—Las lágrimas no se notan mucho, porque la foto no es muy buena. Pero sí, me emocioné.

—¿Y cómo no?

—Ser la reina del carnaval no es cualquier cosa.

—Desde niña soñaba con esto.

—Desde muy pequeña fui reina de belleza. Y entonces supe cuál sería mi vocación; enseñar mi cuerpo en público.

—Y sonreír.

—Sonreír pero no demasiado; enseñar los dientes, pero muy poco. Una sonrisa franca, honesta, casual. Nada exagerado.

—En los primeros años de escuela siempre ganaba los cetros de belleza. De todo tipo.

—Los que organizaban en la escuela.

—Los que organizaban en el club, en las fiestas del pueblo, hasta en la cabalgata de Reyes magos.

—En todo tenía que aparecer yo.

—Siempre me he gustado.

—Mi mamá me lo decía: “Qué guapa eres”. “Eres preciosa”. “Más bonita que tus primas y que tus hermanas”.

—Aprendí a sonreír para la cámara.

—Que era como sonreír para mi mamá.

—Aprendí que las cámaras y los camarógrafos estaban de mi lado. Eran mis aliados.

—“Queremos sacar lo mejor de ti”.

—Y lo mejor de mí soy yo.

—Qué guapa estaba, ¿verdad?

—Silueta perfecta. Protuberante sin ser vulgar. De buena estatura sin ser “muy alta”.

—Aún así nunca faltan las envidiosas.

—Envidiosas.

—Dicen que hubo abucheos cuando se escuchó mi nombre:

—Y la ganadora es, es, es...

—“Lisístrata de Aristófanes”.

—¡Bravo! ¡Diosa! ¡Belleza!

—Buhhh

—Buhhh

—Que se metan los abucheos por el culo.

—Yo gané.

—Dicen que estuve un poco torpe en la sesión de preguntas y respuestas, que mi vestido de noche me quedaba un poco grande y que no soy la más hábil con los tacones.

—Es verdad que casi me tropiezo en la primera pasarela.

—Pero gané.

—Gané. Ga-né. ¡Gané!

—¿Qué por qué gané?

—¿No es obvio?

—Porque soy y era una belleza.

—Y también porque mi novio; en esa época solo era mi novio, aún no nos casábamos... Él habló con los jurados.

—Para que la contienda fuera legal.

—Y ellos imparciales.

—Sí, mi esposo fue Él.

—Él es muy poderoso. Ya en esa época lo era.

—Pero no tuvo nada que ver con la apreciación del jurado.

—De verdad que no.

—¿Acaso con estas tetas grandes, con estas piernas delineadas y con estos brazos firmes, con la

sonrisa coqueta, con la mirada seductora y con el vientre plano, con las nalgas en su lugar y los labios más sexys que hayan aparecido jamás en la historia de ese carnaval, acaso con eso no basta para ser la reina?

2. PIE DE FOTO: RECAUDANDO FONDOS PARA LA BIBLIOTECA DE ALGÚN BARRIO MARGINAL SIN IMPORTANCIA

—Esta foto también es bonita.

—Como parte de los actos de trabajo que una reina de belleza del carnaval debe llevar a cabo, se encuentra la asistencia social, el trabajo comunitario y sobre todo atraer fondos para los más desprotegidos.

—Los marginales.

—Ellos.

—Como yo misma hace años.

—Y estaba feliz, para qué negarlo. En la foto se nota mi cara de alegría.

—Asistía a múltiples eventos.

—Con el alcalde.

—Con el director de turismo.

—Con el presidente de tal, de cual, de esto y de aquello.

—Inaugurar una guardería.

—Un evento deportivo.

—Las jornadas gastronómicas.

—La reunión anual de no sé qué...

—Y mi mamá estaba feliz.

—Cada vez que salía en una revista, ella me hablaba para decir que había recortado la noticia y que la tenía en un álbum muy especial que iba a guardar para mí.

—Las pegaba con mucho cuidado, como si ese trozo de papel fuera un tesoro.

—Un pasaporte a una vida mejor para todos.

—Me gustaba ver a mi mamá feliz.

—Ella se veía a sí misma en mí.

—Ahora tan gorda, tan descuidada, con demasiado maquillaje para ocultar las manchas en la cara.

Pero era yo. Era ella. La reina del carnaval.

—Reina.

—Señorita Lisístrata, reina del carnaval.

—Yo era un poco ella.

—Por eso mismo, para protegerla de los rumores, de las envidias, de los malos tragos que la estaban haciendo pasar las vecinas y algunas tías envidiosas decidí acudir a ese acto público, para la biblioteca de mi barrio.

—Recaudar fondos, dijeron.

—Donaciones.

—Y cuando llegaron los fotógrafos me puse a leer en voz alta para que vieran que yo no era una inculta.

—No lo soy.

—Desde luego los rumores tenían que ver con Él.

—Decían que había comprado la elección de reina del carnaval.

—Que Él había sobornado a los jueces.

—Tal vez sí. Tal vez no. ¿Qué importa?

—Ahora yo tenía la corona y leía para los niños de mi barrio.

—Como si esas mujeres habladoras no hubieran aceptado nunca nada de un hombre.

—Como si ellas jamás se hubieran ido a cenar con alguien que no les importaba solo para entrar al restaurant de moda, para ir al cine a la zona VIP, para sentir que podían darle envidia a alguien, para provocar celos, para sentir el poder, el poder de acompañar a un jefe, a un directivo, al alcalde, al próximo concejal, al magnate.

—Porque todas hemos querido sentir, saborear, probar las mieles del triunfo. Aunque el triunfo sea un calvo regordete con mal aliento. Pero es el jefe. Es el que manda. El que tiene la pistola más grande.

—Más pesada.

—Estar más allá de las mortales.

—Eres la novia de Él.

—Aunque Él sea un hombre casado. Un cabrón. Un idiota. Un traidor.

—Eres la mujer que lo acompaña.

—La que le aprieta del brazo. La que deja que le toquen las piernas. La que se acuesta con esos noventa y ocho kilos de puro poder. De pura adrenalina.

—Y por eso me envidian. Todas las perdedoras envidian a la reina.

—Por la corona. Y por el novio. Y porque a la gente en general le cuesta aceptar el triunfo ajeno.

—Y me puse a leer en voz alta, como se ve en las fotos.

—La gente pensaba que me equivocaría. Que mi lectura sería lenta, estúpida, llena de pausas, de acentos mal pronunciados, de comas que no lo son, de puntos que se alargan.

—Para nada.

—Seré una puta. La novia de Él. La reina del carnaval. La hija de una mujer que no tuvo educación...

—Será la mujer de la sonrisa bonita para la foto, pero soy la reina.

—Podré ser la hija de puta que le arrebató el cetro de reina del carnaval a una chica mejor preparada, sin operaciones y con mayor presencia en la pasarela, que se mueve mejor con los tacones.

—Podré ser la que la chupa, pero no tan bien. La que besa, pero no mete toda la lengua. La que se masturba pero no jadea lo suficiente como para excitarte.

—La que se ha acostado en hoteles y moteles y coches y departamentos y la han manoseado y besado y chupado los pezones en playas y en albercas y en lugares oscuros, de madrugada, de mañana, en la noche y también a medio día.

—Soy ella, pero también soy la hija de puta que tiene un plan.

—Que sabe que su cuerpo, que su belleza, que su tetas son poder.

—Son deseo. Y el deseo mueve la voluntad.

—Lo más importante: El deseo mueve esos trozos de carne que se levanten en la entre pierna de los hombres. Ese yugo de sangre que va y viene. El deseo los condiciona.

—Y leí y leí sin tropezar en una sola palabra.

—Sílabas a sílabas.

—Tres páginas enteras.

—Porque soy también la mujer total.

—La que conoce su cuerpo y su cuerpo es también esa masa de neuronas que pueden cambiar algo.

—La que quiere cambiar algo desde el lugar menos pensado.

—Soy la reina de belleza cliché. La que quiere “la paz mundial”, pero también la zorra, la perra, la hija de puta que le acaricia los huevos a Él.

—Y él manda.

—Él tiene el poder, porque su verga es grande y filosa como una bala que atraviesa toda la ciudad.

—Como una metralleta de acero que dispara, que estalla todo lo que está a su paso.

—Un grito de semen.

—Un alarido que libera en un orgasmo todo lo que contiene.

—¿Suenan muy estúpido?

—¿Suenan absurdo?

—¿Peligroso?

—¿Solo a una reina de belleza estúpida se le puede ocurrir detener esta balacera continua, este zumbido continuo de balas, este sangrado en calles y avenidas, este funeral perpetuo?

—Tal vez, tal vez... Pero sobre esta vagina. Sobre este montón de vellos depilados levantaré un imperio.

—Y mi imperio será inmaculado y todos los penes del mundo se rendirán ante mis designios.

—Su majestad, mi vagina, la entre pierna de Lisístrata de Aristófanes está al mando.

—¡Aplausos!

—¡Más aplausos!

3. PIE DE FOTO: MISS ABSTINENCIA

- “La reina del carnaval desea invitar a todas las mujeres de la comarca a un almuerzo especial”.
- Especial con mayúscula, decía la invitación.
- Y mi foto coronada saludando en la portada. Aquí se ve.
- Las reuní a todas o casi a todas en mi casa.
- Jóvenes, mayores, una que otra abuela.
- Maestras, amas de casa, funcionarias, estilistas, deportistas, estudiantes.
- Ningún pene tenía permitido entrar. Solo mujeres.
- Apenas y alcanzaban los bocadillos y las bebidas que preparamos para todas.
- A la mitad del almuerzo, cuando todas hablaban y cuchicheaban y sonreían y tomaban fotos desde sus teléfonos móviles, me levanté y pedí el micrófono.
- “Nuestra querida reina de belleza comarcal, Lisístrata de Aristófanes tiene el agrado de dirigirles unas palabras”.
- Había escrito un discurso.
- Tenía preparadas frases célebres que saqué de un libro de frases célebres.
- “Las mil mejores frases de la historia”.
- Leí quinientas: Tomé nota de varias...
- Y comencé...
- Pero mi discurso no era muy bueno o quizá yo estaba demasiado nerviosa. No me sentía cómoda.
- Así que lo dejé a un lado y comencé a hablar sinceramente, llanamente, desde el fondo, desde la última partícula de una mujer cuya única ambición es cambiar el mundo, su mundo, redimirlo.
- ¿Soy muy ambiciosa?
- Y de golpe me vino la inspiración. Y mi discurso fue encendido y arrebatado.
- Yo, Lisístrata de Aristófanes, reina del carnaval, les propone “Una huelga de piernas para acabar

con esta violencia maldita”.

—Algunas mujeres discretamente iban dejando su bebida en una mesita, lentamente y sin quitarme los ojos de encima, salían por alguna de las puertas. Asustadas.

—Huían. Primero un grupo pequeño de señoras mayores, después más y así hasta que tuve más o menos a la mitad de la audiencia.

—Todas las mujeres toquen esta copa o su vaso de plástico o la taza de café o lo que tengan a la mano...

—Y las mujeres que aún estaban escuchándome lo hicieron.

—Repitan después de mí: No tendré ninguna relación con mi esposo o mi amante.

—No tendré ninguna relación con mi esposo o mi amante, repetían.

—Aunque venga a mí en condiciones lamentables.

—Aunque venga a mí en condiciones lamentables, decían a coro.

—Permaneceré intocable en mi casa. Y replicaban: Permaneceré intocable en mi casa. Con mi más sutil seda azafranada. Con mi más sutil seda azafranada. Y haré que me desee. Y haré que me desee. Pero no me entregaré. Pero no me entregaré, contestaban.

—Y si él me obliga. Y si él me obliga. Seré tan fría como el hielo y no me moveré. Seré tan fría como el hielo y no me moveré.

—¿Todas han jurado? ¿Todas?

—Sí, todas, me respondió alguien.

—Así pues ¡Salud! ¡Y hasta la victoria piernas cruzadas!

—¡Hasta la victoria!

4. PIE DE FOTO: MISS YOU

—A ver, ya sé que parece una idea descabellada, pero no teníamos otra alternativa.

—Nuestros hombres se peleaban en las calles y arrastraban a nuestros hijos a una lucha estúpida sin triunfadores. Una lucha brutal y absurda. Incluso algunas de las nuestras estaban entrando al juego del poder tras la bala.

—No lo pensé dos veces. Así soy, así he sido. Soy Lisístrata de Aristófanes. ¿No podía ir en contra de mi destino, o así?

—Además en muchos lugares del mundo ha sucedido.

—No es éste el primero.

—Más de una vez ha ocurrido: Mujeres organizadas para reclamar algo, para solucionar algo, para destruir el poder de alguien.

—Ese alguien suele ser un algo con pene.

—¿Y cómo se solucionó? ¿Qué hicieron esas mujeres? ¿Cuál fue el sentido de su protesta?

—Cruzar las piernas. Y cerrando los labios. Y las manos como puños cerrados. Apretar la mandíbula, sentir los dientes rechinando y respirar muy hondo.

—Sin caricias, sin besitos, sin dejarse excitar, sin mover a la lujuria de Él.

—La hermosa, la succulenta lujuria.

—¿Y qué hacemos si tenemos muchas, muchas ganas? Me preguntó una...

—Resistir.

—¿Y si tenemos muchas ganas? Así como que no podemos aguantar más, osea, no sé si me entiendes, como que se te sale

—Pues ir a la sex shop de la Antigua Grecia. Buscar un juguete. Tocarnos, sentir nuestro cuerpo o pedir la ayuda de una amiga. De una buena amiga.

—Si es necesario, tendremos que ser solidarias incluso en esto. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

—Así decretamos una clandestina huelga de piernas.

—Y Él; mi esposo. El más poderoso cabrón hijo de puta y verdugo de esta provincia, que ya era mi esposo, teníamos poco de habernos casado, Él, no tenía ni idea de lo que se estaba cocinando debajo de nuestra ropa interior.

—No sabía, el muy ingenuo, que aquí está el verdadero poder.

—¡En huelga! ¡Piernas cruzadas hasta nuevo aviso!

5. PIE DE FOTO: MISS LOSER

—¿Quién te crees que eres?

—¿Qué piensas, qué puedes venir a joder todo?

—Eso piensas, bonita. Claro que sí, eso es lo que piensas, bonita. Hermosa. Mi reina.

—¿Te das cuenta que siempre te he tratado con cariño?

—Malagradecida.

—Estúpida.

—Putas. ¿Putas? Putísima. Y lesbiana también. Sobre todo eso, lesbiana. Tortillera.

—Yo te hice mujer, te hice reina, te hice la diosa de este lupanar.

—¿Y así me pagas?

—¿Así?

—¿Quién te crees que eres Lisístrata de Aristófanes? ¿Quién?

—Por si no lo sabes, eres el personaje de una comedia. De una comedia sumamente torpe, una comedia inútil y vieja. Una comedia escrita hace más de dos mil años.

—Una comedia estúpida.

—¡Huelga de piernas!

—¿De dónde habrán sacado esa estupidez? ¿De dónde más? De Atenas, donde todos son imbéciles. Aquí en Esparta esto no es posible, ¿me entiendes?

—Porque a todas las mujeres les gusta... A ti más. ¿Acaso no te gusta que te haga mujer?

—¡Hijadeputamalagradecidazorraylesbiana!

—Mira, ven, ya no te enojas. Ven, te voy a dar unos besos.

—Un besitos a mi reina...

—¿Te rehúsan?

—¿Qué te pasa?

—Ésta es tu última oportunidad... Piensa bien lo que vas a hacer.

—No existes.

—Te acabas de borrar del mapa.

—¡Hijadeputalesbianacomecoñosysuciayarrogantedemierda!

—¡Escúchame!

—Abre-las-piernas-maldita-puta.

—Y no; me mantengo así. Con las piernas cruzadas, sin mirarlo, evitando su mirada, su aliento caliente, su ademanes furiosos. Él no acepta un no.

—Me mantengo, así; en silencio.

—Leyendo una revista, como si nada pasara.

—Como si su voz fuera un ruido más, de los que entraban por la calle.

—Sus manos una caricia del viento.

—Su lengua escalando filosa por mi cuello, su lengua húmeda, que huele mal, que solo es un pretexto carnoso para calentarme, para excitarme.

—Pero está muy lejos de eso.

—No logra ni siquiera sobresaltarme.

—Al principio parece que mi negativa, mi indiferencia lo excita, lo anima a buscar más a intentar con los dedos por todo mi cuerpo, a levantar la ropa, a empujar y empujar.

—Es una bestia.

—Enloquece. No está acostumbrado al no.

—Una bestia de deseo, que me insulta, que me aprieta, que me llena el cuerpo de saliva...

Asquerosa saliva. Caliente. Ruidosa. Espuma que quema.

—Pero no cedo.

—Hoy soy la que no cede.

—La que no se deja.

—Soy Lisístrata de Aristófanes, personaje de una comedia que convocó a una huelga de piernas cruzadas en la Gracia clásica.

—A cambiar placer por honor.

—A movilizar vaginas para imponer nuestra ley.

—Una ley de paz. Una ley sin agresión. Una ley armónica.

—Un ley utópica.

—¿Acaso no son las leyes una suma de utopías? ¿Un inútil acto de fe en lo humano? Porque todas las leyes se hicieron para romperse, transgredirse. Incluso las propias leyes.

—Ahorasíquenotienespodernisalvaciónhijadeperramaldिताlesbianayputademierda...

—Y sobreviene la catástrofe.

—Entran dos o tres amigos suyos; los veo de reojo. Los adivino.

—Estoy acostada bocabajo con las piernas abiertas.

—Luego llegan más.

—Y más.

—Y más hombres.

—Hombres suyos: Sicarios, escoltas, mensajeros.

—Tal vez una docena.

—A algunos los distingo por la voz.

—A otros ya ni los veo porque me cubren los ojos con una venda.

—Estoy ciega.

—Oscuridad es la palabra. Solo olores y golpeteos en la entrepierna, pequeños arranques de furia.

—No hay nada en esta habitación; nada excepto hombres con penes erectos descargando su odio.

—Frotando sus miembros en mis piernas y brazos.

—Uno y otro y otro.

—Soy un cuerpo lejano.

—Ausente.

—Fornicable. Cogible. Follable. Eso soy.

—Van y vienen caricias fuertes, de odio... Y golpes y entrar y salir de miembros que me hurgan, que me constriñen, que me doblan y me destruyen por dentro.

—Y sangro.

—Pero sigo impasible.

—No pido perdón. Ni suplico un minuto de sosiego. Ni ruego piedad.

—Me mantengo ahí, recostada, doblada, puesta en varias posiciones, por uno, dos o tres hombres. Qué más da.

—Y no pido perdón. No. Ya no. Ya nunca.

—Ni por mi, ni por mi madre, ni por mis abuelas, ni por todas mis amigas que han tenido que fingir, que han sonreído infinidad de veces para caer bien, para ser agraciadas, guapas, decentes.

—“Qué chica tan guapa”. “Está buenísima”. “Mamacita”

—No pido perdón por todas mis compañeras que usan corona para sentir que valen algo, que su cuerpo es algo más que un precio en el mercado de las sonrisas y las pasarelas en traje de baño.

—No pido perdón por ellas. Ni por mí.

—No pido perdón por los escotes que usé para sentir que alguien con un par de testículos me aprobaba.

—Me daba el visto bueno.

—Como en un control de calidad: Tú vales la pena, tú no, tú más o menos. Tú debes bajar de peso.

Tú debes levantar las nalgas. Tú debes ponerte nalgas. Tú tetas. Tú sonreír.

—No pido perdón por mi madre; ella me enseñó a maquillarme, a sonreír para la foto.

—No pido perdón y no pediré perdón por haber intentado una huelga de piernas cruzadas.

—Me sorprende, en esta habitación en la que no hay nada, nada excepto hombres con penes erectos o que se suben la cremallera después de vaciarse en mi, escuchar el ruido de una cámara y sentir un cambio de color en la mirada.

—Un flash en esta habitación oscura.

—Y sí, ésta es la foto: Lisístrata de Aristófanes extenuada.

—Acomodada entre las mantas. Inmóvil y sin pedir perdón.

—Destruída, pero firme, con la mandíbula apretada.

—¡No quiero volver a esta traída rapacista de mierdaysoñador aconelcoñoreventado!

6. PIE DE FOTO: MISS MÁTAME CON AMOR; MÁTAME SI QUIERES PERO ANTES DAME UNOS BESOS

- Piernas casi cruzadas; qué ironía.
- Labios cerrados.
- Los brazos apretando el torso, como si quiera darme un abrazo; un abrazo a mí misma.
- Un abrazo débil, inútil.
- La ropa desgarrada.
- La ropa interior rota, fuera de su sitio; manchada.
- El cabello una telaraña.
- El pintalabios rojizo sí que se nota, se distingue a pesar de la sangre.
- Y mis hombros descubiertos.
- La piel de mi cuerpo dibujando una huella en la arena.
- 1, 2, 3 coches pasan a toda velocidad muy cerca.
- En la carretera.
- 4, 5 y hasta 6.
- Otras decenas rugen más tarde.
- Y mi cuerpo es una huella. Una huella con el tiro de gracia.
- Una huella de carne.
- Descompuesta.
- Mi cuerpo es una mancha rojiza en la cuneta, como el pintalabios exagerado que sí se distingue; que se quedó adherido a la piel de los labios.
- Y la foto.
- La primera foto.
- No hace falta flash. Amanece: Anaranjado sol de primavera.

—Hay buena luz, dice el fotógrafo.

—Estaba bien buena, mira... Dice el policía y me quita los brazos del pecho.

—Esta era una mami bien rica, replica el fotógrafo. Otra más; llevan tres esta semana... Levántale un poco más la cabeza para que se vea mejor en la foto.

—¿Así?

—Sí, así está bien. Ahora déjame tomar unas fotos. ¡Fuera de ahí, sales en el plano, muévete un poco!

—¡Se le van a ver las tetas!

—Pues así la dejaron, ¿yo qué?

—Está muy, muy buena; me provoca, la verdad. Déjame acariciarla un poco. Un poquito nada más.

—Bueno, apúrate porque tengo que ir a cubrir otros eventos...

—Está bien, está bien... Uy, qué bonitas piernas.

—Click. Foto digital, instantánea.

—Click.

—Click.

EPÍLOGO POSIBLE

—¿Qué piensan las reinas de belleza cuando revisan sus antiguos álbumes de fotos?

—¿Qué verán las mujeres que han reinado ante la multitud cuando ya son ancianas y ese cuerpo que ven se convirtió en piel flácida?

—¿Qué pensaría, por ejemplo, Marilyn Monroe si pudiera ver las fotos de su mejor época? ¿Las películas en blanco y negro? ¿Qué sentirá al ver esa belleza consumada ya tan lejana? Esa belleza en blanco y negro. Sin alta definición.

—Por eso se suicidó antes de envejecer.

—Y tantas. Y tantas otras. Si la belleza nace en ti, solo puedes hacer una cosa: Exhibirla.

—¿Qué sientes cuándo ves las fotos de tu adolescencia? Aquellas en las cuales la vida te explotaba en cada poro. ¿Qué sientes? ¿No te da envidia de ti misma? ¿No te dan ganas de haber hecho mucho más cosas con ese cuerpo exquisito, con esa energía, con esa despreocupación?

—¿Qué habrías hecho con unas cuervas así, como las mías antes de los veinte años?

—¿Habrías aceptado los regalos de Él y los viajes y la ropa y la corona de reina del carnaval? Yo también.

—Yo también.

Oscuro

Derechos reservados del texto a nombre de Enrique Olmos.

©Los derechos de esta obra se encuentran registrados ante la Sociedad General de Autores Españoles (número de socio 110068), a quien se debe solicitar autorización para su montaje, puesta en escena, lectura pública, edición y/o traducción; además del autor quien puede fungir como intermediario a través del correo: info@enriqueolmos.com

LA OMISIÓN A ESTA CLÁUSULA CONSTITUYE UN DELITO